

## MILITARES ILUSTRES

---

# CRISTOBAL DE MONDRAGÓN

---

Este valiente é intrépido general español nació en Guipúzcoa en el año 1504.

No hay noticia de la fecha en que empezó su carrera militar; pero en la jornada sobre Túnez, realizada por el emperador Carlos V en 1535, ya se le encuentra entre los soldados que más se distinguieron.

Desde entonces hasta 1567, cuando ya Mondragón alcanzaba 63 años, prestó sus servicios en las guerras de Italia, ganando el empleo de coronel ó maestre de campo, y siendo apreciadísimo de sus superiores, como lo prueba la recomendación que de él hicieron al rey, diciendo que «era uno de los buenos y fuertes soldados que sirven en el ejército; de los más apuestos y galanes hombres que se hayan visto jamás.»

Cuando el duque de Alba se encargó del gobierno de los Países Bajos, pidió que Mondragón pasara á asistirle en aquella campaña, con el tercio cuyo mando tenía; y á Flandes fué aquel veterano militar á realizar hazañas que parecen increíbles, y por las cuales la Historia guarda su nombre como uno de los más distinguidos capitanes españoles de su siglo.

Era Mondragón alto de cuerpo y de grandísima agilidad: nariz aguijileña, ojos grandes y vivos, rostro afable y hermoso, y de una complección prodigiosamente robusta, que le permitía ser el más duro en las

fatigas de la guerra, jamás mostró cansancio; iba siempre á pie delante de sus soldados, sin que ninguna marcha le rindiera, mereciendo admiración de sus compañeros, que le llamaban Peña viva, por su gran resistencia física. Así se explica que á los setenta años se echara á nado, al mar, á la cabeza de sus tropas, para conquistar las islas de Zelanda.

El duque de Alba le confió el mando de quince compañías de infantería walona y el gobierno de la plaza de Damuillers; mas al poco tiempo concurrió al sitio y rendición de Mons en cuyo hecho, según un historiador, «se vieron todas las facciones que un soldado puede ver en la guerra, excepto batalla de mar, que no lo permitía la situación de la villa.

Tratando de vengarse, los holandeses con siete mil hombres y cincuenta barcos pusieron sitio á la de Targoës, á orillas del Escalda y rodeada de lagunas y de mar; y careciendo de escuadra los españoles, no podían socorrer la plaza.

«Era imposible, dice don Bernardino de Mendoza en sus Comentarios, socorrer á Targoës si Dios no abría camino para ello»; mas esa imposibilidad la salvó Mondragón.

Noticioso, por marinos prácticos en aquellas aguas, que á baja marea de menguante podía hacerse pie, salvo en algunos puntos, se propuso vadear el brazo de mar que le separaba de la villa, y poniendo en práctica su plan, juntó 3.000 soldados escogidos, les hizo llevar las municiones de boca y guerra en sacos colocados sobre las cabezas, para no mojarlas, y de noche, «no obstante su edad y prueba que había hecho en tantas facciones de su corazón y valentía, escribe Mendoza, entró el primero á vadear», y pasó el brazo de mar y ríos, agua al pecho y al cuello, y algunos trechos nadando, recorriendo así en cinco horas tres leguas y media por mar, con pérdida solamente de nueve hombres; «no sólo fué arriscada la facción de este socorro, añade Mendoza, y grande la osadía de Mondragón para emprenderla, sino que se puede decir temerario el vadear un brazo de mar tan grande, con gente de de guerra.»

Después de tan increíble hazaña se encontró en el memorable y reñido sitio y toma de Harlen, en el que se dispararon más de 11.000 cañonazos, solamente por los holandeses.

En la campaña de 1573-74 el hecho más saliente, que aún hoy se recuerda con encomio en los fastos militares, fué la heróica defensa que hizo Mondragón de Middelburgo, en la isla de Walckeren.

Trató don Luis de Requesens, que había sustituido al duque de Alba en el gobierno de los Países Bajos, de socorrerle; pero destrozada la escuadra que se reunió á ese fin, le escribió facultándole para rendirse, á fin de salvar su vida y la de los pocos soldados que le quedaban, pues estaba estrechamente sitiado, la mortandad en la plaza era enorme; el hambre can grande que después de consumidas todas las vacas, caballos perros y gatos, y aún los cueros de estos animales, quedó reducida la ración diaria á dos onzas de pan y algún vino y tortas de linaza, y cuando apenas quedaban víveres para seis días, entabló negociaciones de capitulación y obtenida salió libre con armas y banderas, cajas, ropas y bagajes y demás honores de guerra.

Poco después tomó el desquite asistiendo con Sancho Dávila y Bernardino de Mendoza á la sangrienta batalla de Moock, donde los flamencos fueron totalmente derrotados con muerte de casi todo su ejército y sus tres generales los condes Palatino y Enrique y Luis de Nassau, y pérdida de más de treinta banderas, bagajes y artillería.

Apenas obtenido este triunfo, escogió 300 soldados de los más valientes y fuertes, y pasando, también de noche y á nado y por entre buques enemigos, el brazo de mar que separa de la isla Finart, tomó tierra en ésta y acometiéndola á viva fuerza y al arma blanca la rindió.

En 1575, con 2.000 hombres atravesó á pie, y nadando los brazos de mar que separan las islas de Zelanda, de las que se le había nombrado gobernador, «pasaron, dice Mendoza, terrible trabajo por el gran lodo, lama y agua que había en el vado»; cerró contra el enemigo! una vez en la isla, le derrotó y puso sitio á Zierichzeá, rindiéndola y rechazando los ataques que para recuperarla dirigió el príncipe de Orange.

Esta hazaña es bastante por sí sola para acreditar de heróico y entendido al general que tales hechos realizaba, á los setenta y un años.

Cuando Alejandro Farnesio fué nombrado gobernador general de los Países Bajos confió á Mondragón empresas de importancia y así le vemos distinguirse en los asaltos de Carpen y Maestrich, en la toma de Dunkerke, y en aquel obstinado y famoso sitio de Amberes, que se emprendió por Farnesio contra el parecer de todos sus capitanes, excepto Mondragón, que apoyó el pensamiento del duque, teniendo la satisfacción de ver confirmado su juicio apoderándose de la ciudad é inmortalizando con aquel suceso, del cual, en su tiempo, estuvo suspensa la atención de toda Europa, el nombre de España.

Muchos é importántísimos servicios llevaba prestados Mondragón

al cumplir los ochenta y siete años, por lo que el conde de Fuentes le aconsejó que se retirase y acogiese al sosiego de la familia.

—«Jamás pedí cosa alguna, contestó Mondragón, y no es justo se me niegue la solicitud que ahora hago; en el campo nací y en el campo quiero morir siguiendo en el ejército.»

No quiso el conde desairarle y continuó mandando su tercio: mas á los noventa y un años, aquejándose rápida enfermedad y sintiéndose morir hizo que arrimaran su cama á una ventana desde la que veía el campamento y así rindió á Dios aquel espíritu valiente y animoso, que le había llevado á jugar la vida cien veces en el campo de batalla en más de 70 años de carrera militar.

B. RODRÍGUEZ PARETS.

